

La Brújula de Navidad



En lo alto del monte Carrantuohill, la nieve caía suave como estrellas brillantes. Era la noche de Navidad, y Stjarnán y Caelán caminaban dejando pequeñas huellas sobre el hielo. Caelán, con su pelo blanco levantado por el viento, miraba todo con ilusión.

—¿Crees que las estrellas también celebran la Navidad? —preguntó.

Stjarnán sonrió.

—Claro que sí. Solo tienes que mirar bien... y escucharlas.

Se sentaron junto a un viejo árbol cubierto de nieve. Stjarnán, con un brillo especial en los ojos, sacó un pequeño paquete envuelto con mucho cuidado.

—Esto es para ti, Caelán.

Caelán abrió el regalo con las manos temblando de emoción. Dentro había una brújula pequeñita, de metal frío, que parecía ser un antiguo tesoro.

—¿Es... para mí? ¿De verdad?

—Es tu primera brújula —asintió su hermano—. Para que nunca pierdas el camino... ni en la montaña, ni en el cielo.

Caelán apretó el tesoro contra su pecho.

—¿Y me enseñarás a usarla?

—Siempre —respondió Stjarnán poniéndole un brazo sobre los hombros—. Las brújulas no solo señalan el norte... también recuerdan quién camina contigo.

En ese momento, una estrella fugaz cruzó el cielo, dejando una estela larga y plateada.

—Mira, Caelán —susurró Stjarnán—. Parece que el cielo te está diciendo: "Bienvenido, pequeño explorador".

Los dos hermanos se abrazaron mientras la nieve seguía cayendo despacio, como si también quisiera celebrar que, esa Navidad, un nuevo aventurero había nacido entre las montañas y las estrellas.